

VI

Más siluetas

La miseria retuerce los miembros de la gente, los ennegrece yafea como lo hacen el calor, la humedad y los golpes con los pedazos de hierro y de madera que andan rodando.

Pero la comodidad y el egoísmo adinerado también hacen fantasías horribles con los seres humanos. Dijérase que les caricaturizan la grasa.

No sabe uno qué produce una sensación más opresora: si la piel ennegrecida por la intemperie y en pliegues y arrugas, sobre los huesos, la palidez calavérica del desnutrido, la quietud de los niños hambrientos que miran con unos ojos en los que parece que está oscureciendo; las encías sin dientes; los senos flácidos de las madres pobres que han amamantado a muchos hijos; o las papadas y barrigas que modela el ocio próspero, la sonrisa que hace relampaguear con satisfacción los caminos del hombre de negocios, la expresión de estúpida satisfacción de las mujeres rodeadas de comodidades.

La mayor parte de las casas del barrio Cothnejo-Fishy hacen pensar más que en moradas de criaturas inteligentes, ya en soperas de porcelana cara en donde los diferentes miembros de la familia nadan como albóndigas de solomillo bien molido y aderezado sabrosamente, ya en dulceras de fino cristal dentro de la cuales las personas pasan la vida como higos azucarados.

* * *

Es una familia que recuerda a los animales prehistóricos, a esos dinosaurios de sesenta pies de largo, de carne fofa y movimientos pesados.

¡Es increíble cómo han acabado por parecerse este marido y esta mujer! Las mismas ambiciones, los mismos prejuicios han ido

dando una forma semejante a los miembros de ambos. ¡Ay, Dios, y cuánta carne tonta sobre esos esqueletos! Sí, así se deben haber movido los dinosaurios de la edad de los reptiles.

Jamás salen a pie, solo en automóvil. Tienen dos carros: un Packard de la señora para servicio de las mujeres y una preciosa cuñita para los muchachos. Tanto a los padres como a los hijos les tiemblan las carnes de un modo muy desagradable cuando ruedan repantigados en los almohadones de su vehículo.

No son gente de abolengo distinguido y por lo tanto procuran olvidar a sus antepasados. Los glóbulos azules han comenzado a aparecer en la sangre de nuestra pareja. Los abuelos eran gente pobre y humilde. Sin embargo, ya la madre de la señora que tenemos en el lente tenía sus humos. Casó con un escribiente de alcaldía o juzgado, que en el engranaje de la justicia había aprendido a enredar pleitos. Ella hizo poner una placa con su nombre en la puerta: "Juan de Dios Frutos, Abogado". Estas personas, que sin ser médicos ponen placa con su nombre en la puerta, forman un grupo muy característico del reino animal. Indudablemente tienen una gran idea de sí mismos. La señora Frutos comenzó a demostrar sus aficiones hacia lo empingorotado, dándole lustre a los pisos de la casa con cera y haciendo al marido vestirse de levita. Todavía recordamos a la mujer esta, armada con el palo de piso borrando las huellas que dejaban los pies descalzos de los clientes de su esposo, casi todos campesinos, a quienes este engañaba haciéndose pasar por abogado. Puso a su hija en una escuela de la ciudad frecuentada solo por muchachitas de alto rango, y trató de que tuviera contacto nada más con niñas decentes. En los días del cumpleaños de la chiquilla echaba la casa por la ventana, pero a la fiesta solo concurrían las compañeras de su hija de buena familia. Había averiguado el día del santo o del cumpleaños de las niñas de la aristocracia del barrio para que su hija obsequiara con un queque, una alhajita o una caja de confites. Después ella misma logró ingresar en la Sociedad de San Vicente de Paúl y en otras cofradías en donde pudiera ofrecérsele la ocasión de hacer amistades

con las damas caritativas de la alta sociedad que por estos medios tratan de comprarse su asiento en la platea celestial. A simple vista se les veía a la madre y a la hija los esfuerzos que hacían para subir humillándose hacia donde ellas creían que residía la grandeza humana. Daba lástima sorprenderlas prodigando alabanzas, la lengua envuelta en miel, a las personas que consideraban por encima de su posición. No olvidamos el gesto ambicioso que tenían en una ocasión en que las encontramos atisbando por las ventanas de un club aristocrático una fiesta a la cual no habían logrado ser invitadas. Y había que oír las, censurando con rabia, a las que como ellas, se esforzaban por ascender hasta el peldaño de la escala zoológica en donde la tontería humana coloca los altos valores sociales. Por fin la muchacha, que era guapa y fresca, contrajo matrimonio con un joven de porvenir, un abogadito sin escrúpulos, cuya ambición era llegar a viejo por el camino más cómodo... Se casaron y comenzaron su carrera hacia la meta en donde habían puesto todas sus esperanzas: figurar al fin entre la aristocracia de la ciudad. Él, gracias a la elasticidad de su conciencia, conquistó la simpatía de muchos personajes adinerados y por último consiguió ser el primer abogado de una compañía extranjera que piratea en el país secundada por el gobierno, por muchos diputados y por los individuos más conspicuos del lugar. Por cierto que la alta personalidad que lo empleara, la gran influencia y el prestigio de que gozaba en el país, para dejarlo atado de pies y manos a merced de la rapacidad de esa compañía yanqui, fue declarado benemérito de la patria a la hora de enterrarlo. Tal ejemplo como es natural alentó mucho a nuestro abogadito para seguir un camino que conducía al benemeritazgo.

Se fueron a vivir al barrio Cothnejo-Fishy, a pesar de que los vecinos que se creían más próximos descendientes del rey David, murmuraron un poco en donde no pudieran ser oídos, registraron en la ascendencia de los recién llegados, y sacaron la conclusión que no eran animales de pedigrí, pero que iban en camino de serlo.

Compraron una casa de estilo colonial, estilo que en esos días estaba de moda porque en los Estados Unidos también lo estaba,

con azulejos, tejas de barro, farolitos con adornos de hierro colado en la entrada, rejas voladas en las ventanas, etc, etc.

Hicieron tantos convites, la señora daba té tan chic, sabían quedar bien con todo el mundo, que pronto el barrio olvidó que no tenían pedigrí. Bueno, sucedía con frecuencia que nuestra familia se estaba varios meses sin arreglarle la cuenta a la señorita peluquera que iba a cortar el pelo a la señora o a los niños (era de buen tono en el barrio no ir a la peluquería sino que el peluquero fuera a la casa a arreglar cabezas), o que por fin le negaran todo derecho a cobrar, y el servicio no era pagado con regularidad y lo alimentaban muy mal con los pocos sobros de la mesa. Pero ¡ay de la cocinera si no tenía las comidas a la hora señalada o si la pobre muchacha de adentro no dejaba los pavimentos del mosaico o los pisos de madera como espejos!

Los niños eran como casi todos los niños del barrio, criaturas en las que la grasa comenzaba a apoderarse no solo de los tejidos del cuerpo sino de la inteligencia. Los adultos que los rodeaban los iban modelando a su imagen y semejanza. En general, los niños del barrio Cothnejo-Fishy hacían pensar lo mismo que los jóvenes y los viejos, en las figuras de los dibujos de Gross, el caricaturista de la burguesía alemana. Cuando uno mira a los niños hijos de los vecinos del barrio Cothnejo-Fishy, siente un escalofrío producido por el otro extremo del sentimiento que lo escalofría también cuando está en presencia de los niños harapientos que se confunden con los terrones de los caminos.

* * *

Es hermana de la dueña de Bombón, una viuda riquísima, muy entrada en carnes que posee una papada estrambótica y un seno muy desarrollado que podría servir de escritorio en caso de apuro y que constituye la mortificación de su dueña que ha visto en ello siempre motivo de tentación.

Cuando muera dejará su fortuna a no sé qué iglesia. Entretanto hace espléndidos regalos a los templos y al señor obispo. Las

hebillas de oro que el ilustre prelado luce en unas zapatillas son un regalo de ella. Hay dos ventanales magníficos en una iglesia que también son un presente de esta buena señora: una Santa Lucía con un traje color violeta y un platón en las manos con los ojos que se sacó para ofrecerlos al tirano hereje a quien inquietaba la belleza de sus pupilas, y en el otro ventanal una Santa Lucía o una Santa Águeda, no recordamos bien, con los senos en una bandeja. Parece que la Santa se los cortó con sus propias manos para quitar al ídolo que la perseguía un motivo de tentación. Probablemente la donante habría querido hacer lo mismo con los propios.

Cada martes la entrada de la lujosa mansión se veía afectada con la suciedad y los harapos de una multitud de pordioseros. El martes era el día destinado por la señora para repartir limosna. Les daba un bollo de pan y una candela. La señora compraba las candelas al por mayor para este menester. Dicen que a veces agregaba un cinco. Los mendigos se peleaban por coger campo y por recibir el bollo, la candela y la monedita de ínfimo valor.

Desde que comenzó a agitarse la cuestión del comunismo, la señora suele salir y exhortar así a los pobres:

—¡Cuidado con el comunismo! Eso es cosa del diablo. Vamos a ver, ¿qué harían ustedes los pobres si no estuviéramos nosotros los ricos para darles limosna?

Todos los vecinos del barrio dicen con unción que doña Lupita es una santa.

1923